

VUELVE SEBASTIANA EN LA UNAM

Jorge Mansilla Torres

En rigor, los comentarios sobre una película se hacen después de verla, para que todos tengan opinión. Pero también es válido decirlos antes de ver un filme para saber de qué se trata o qué argumento vamos a ver. Ni lo uno ni lo otro, amigos. Lo que aquí quiero abordar son algunos de los aspectos que bordean el antes y el después de esta película, síntesis poetizada —que eso es la poesía, síntesis— de la antropología social de una región indígena de Bolivia. La realidad chipaya que allí está, detenida en el tiempo histórico, suspendida en la leyenda filmica y exhibida en su lacerante geografía humana.

La principal protagonista de este filme, la niña de 12 años Sebastiana Kespi, que en 1953 fuera escogida por los cineastas Ruiz y Roca en el remoto pueblo de Chipaya, fue encontrada el año pasado, a sus 65 años, en la soledad de aquel su pueblo y haciendo lo de toda su vida: pastar ovejas, sembrar y cosechar papa amarga y arrancarle a la tierra la quínuva silvestre —una gramínea que sólo se da en las alturas andinas de Bolivia. Allí seguía doña Sebastiana, mordida del aire frío que hay en los 4 mil metros sobre el nivel del cercano mar, porque Santa Ana de Chipaya está en la frontera alta con Chile, colindante con el Pacífico, frente al Sajama, una montaña tan elevada como los seis mil 520 metros, majestuosa cumbre volcánica.

Los historiadores y cineastas que dieron con esa señora supieron que, además de estar realizando esos eternos trabajos de sobrevivencia, Sebastiana Kespi era una activista empeñada en que la gente de su comunidad no se deje morir de hambre, de tristeza, ni del abandono republicano. Esta doña es de las que creen lo que les heredaron sus antepasados: los chipayas son seres superiores a la raza humana, se autodefinen “gente del alba y el agua”, porque en su comienzo genético vivían, flotaban en las aguas del salar de Coipasa, colindante con los lagos Titicaca y Poopó. Una investigación del National Geographic concluyó en 1999 que la cultura chipaya es

una de las tres más antiguas entre las 5 mil autóctonas existentes en el mundo.

Habitaban los chipayas de aquella aurora de la memoria humana en la orilla espectacular de los grandes lagos que salpican el seco altiplano. Eran una cultura altiva y creadora. Arqueólogos hay que atribuyen a la cultura uru-chipaya la construcción de Tiwanacu, la mítica ciudad de piedra que pensamos obra de los aimaras. “Por esa pretensión de superioridad —dice don Luis Ramiro Beltrán, el gran comunicador continental, guionista además de esta película—, porque los chipayas eran enemigos de la opresión, sus envidiosos rivales, los aimaras, mucho menos antiguos pero más numerosos y aguerridos, los desplazaron con violencia, desde el año 1760, de la grata y próspera vida lacustre obligándolos a hacerse agricultores”, sembradores de lo magro y miserable que pueden dar las tierras frías, salitrosas y hostiles.

Chipayas y aimaras viven enfrentados desde entonces. Aquellos con la orgullosa resignación del que es pobre por culpa ajena y éstos con la soberbia del vencedor que se jacta de la usurpación.

La película *Vuelve Sebastiana* se acerca a esa rivalidad. La niña pastora se interna en el prohibido pueblo de los aimaras; su abuelo la busca y trata de convencerla para que regrese al solar chipaya. Sebastiana, sin embargo, no atiende los lindes de ese ruego porque su corazón ha sido remecido por un niño de la etnia enemiga, cuya compañía quiere preferir...

¡Amigos, la vieja y amada historia de Romeo y Julieta escenificada en la cumbre del mundo, en la soledad social más estrujante, con una pareja que no tiene otra alcurnia ni título nobiliario que el tierno y amoroso asomo de la pubertad! No en vano, en 1960, el semanario italiano *Settimo Giorno* destacó a “Vuelve Sebastiana” al punto de parangonarla con el gran clásico documental universal

“Nanuk el esquimal” de O’Flaherty; y que el excepcional documentalista escocés John Gerson haya dicho que Jorge Ruiz Calbimonte, su director, era “uno de los seis documentalistas más importantes del mundo”.

Cincuenta y tres años después de filmada esta epopeya andina, doña Sebastiana Kespi, viuda de un hombre que murió de peritonitis porque hasta su pueblo no hay cómo llegar en coche, ha dicho en La Paz, el año pasado, que su vida no ha cambiado nada desde aquel 1953; que sigue viviendo como vivían sus antepasados desde hace mil años, en los putukus, casas de barro construidas en forma de cono para que el viento se vaya en banda y que su gente sigue vistiendo ropas de lana de llama y caminando descalza, como antes, como siempre.

En La Paz se deshicieron en homenajes a ella. Presidentes y diputados le dieron diplomas y votos de aplauso. Ella declaró que las alabanzas no servían para aplacar el hambre de los niños ni para evitar que ahora, por ejemplo, unas sectas religiosas extranjeras que asomaron a su remoto y sabio pueblo estén construyendo casas de calamina y les den a asumir una cultura rara, que tampoco salva de la pobreza y al contrario, les induce a mayor resignación.

Ante esa realidad, los cineastas de la empresa Nicobis Ovando y la propia Cinemateca Boliviana se han involucrado en la campaña “Por una vida digna para los chipayas y Sebastiana”, en pos de alcanzarles algo más que cheques de hule o sea elogios.

Vuelve Sebastiana es un canto al eterno retorno, a la terca trashumancia humana. Aquella mujer se instaló en la memoria popular como la Sebastiana Vuelta, igual que *Túpac Katari*, el de la revuelta. Indio heroico, Julián Apaza buscó en el siglo 18 que su indómito pueblo retornase a los principios morales de su grandeza desbaratada por el poder colonial de España. Fue atrapado y condenado a morir por descuartizamiento. Túpac Katari se enfrentó a sus opresores antes de ser tan cruelmente sacrificado y les gritó: “volveré y seré millones”.

Ya está de vuelta en Bolivia. El indio Evo Morales Aima encarna ese movimiento, no de reversa histórica, como quieren colegir algunos, sino de retorno a la raíz del comienzo, al hombre, descuartizado en su identidad por la globalización, dispersado en su unidad por el mercado, borrado en su color histórico y social por el imperialismo.

Sebastiana de la vuelta, Túpac Katari de la revuelta, Evo de la democracia resuelta. Vamos a ver. ☐

Ciudad Universitaria, México D. F., 1 de febrero de 2006



Cristo Aymara, Cecilio Guzmán de Rojas (Bolivia)

Jorge Mansilla Torres. Periodista, poeta y humorista boliviano, también conocido por su seudónimo “Coco Manto”. Ha recibido, entre otros, el Premio de Poesía “Franz Tamayo” (La Paz, 1980), el Premio de Poesía “Ramón López Velarde” (México, 1982) y el Premio de Poesía “Efraín Huerta” (México). Ha sido galardonado también por la Asociación de Periodistas y el Sindicato de la Prensa de La Paz. Tiene en su haber media docena de libros de poesía y tres en buena prosa, incluido *Breverías*, que recoge su colección de aforismos humorísticos, una selección de los cuales hemos publicado en *Archipiélago*. Residente en México largo tiempo, trabajó como periodista en el periódico *Excélsior*. Es actualmente Embajador de Bolivia en México.